

## EL ENSAYO FUERA DE LUGAR

Por Liliana Weinberg

En su obra *The World, the Text and the Critic* (1983), Edward Said hace una serie de propuestas fundamentales para la interpretación de los textos, y muy particularmente del ensayo. Entre ellas, cabe mencionar las nociones de ‘filiación’ y ‘afiliación’ y su insistencia en la necesidad de superar el esencialismo y el eurocentrismo imperantes en muchas corrientes de la crítica literaria. Said enfatiza que el ensayo es un hacerse activo a partir de la crítica, de la actualización valorativa de los textos; el ensayo busca su forma al mismo tiempo que reabre los textos, a los que se convierte sólo en un mero objeto pasivo. Por mi parte considero enormemente valiosas sus observaciones para comprender la relación del ensayo y los intelectuales en América Latina, como muy bien lo atisbó ya en 1985 Julio Ramos en su obra *Desencuentros de la modernidad en América Latina*.

A través del presente texto procuraré establecer un diálogo y manifestar un testimonio de admiración a la obra de Said, incluyendo su libro de memorias de reciente aparición, *Out of place* de 1999, muy pronto traducido al español bajo el título *Fuera de lugar* (2001). Quiero a la vez recuperar para nuestro medio una muy singular antología, *Absurdo Brasil* (2000), que pone al alcance de los lectores en lengua española varios textos fundamentales de autores brasileños. Esta obra fue pensada como un aporte a la discusión de la relación entre cultura y literatura que se abre con ensayos clásicos como “De la sensación de no estar del todo” (1990) de Flora Süssekind, “Las ideas fuera de lugar” (1973) de Roberto Schwarz, “El entrelugar del discurso latinoamericano” (1971) de Silviano Santiago y “Dialéctica del malandrán” de Antonio Cándido (1970), que nos conduce una y otra vez al problema del “fuera de lugar”. O, dicho con Elías Palti, el problema básico radica en *cómo ser universal desde la periferia, sin negar el carácter periférico*. Considero que esta pregunta acuciante es también la que está implícita en el ensayo latinoamericano, no sólo en los términos estrictos de las relaciones heterogéneas entre centro y periferia, reitero —y dado que para Lukács todo ensayo es un juicio que por ende enlaza lo particular y lo universal—, cómo ser universal desde la periferia, sino también en su relación con otros modelos discursivos y contratos veridictivos particulares, en una familia de los géneros en la que, para muchos críticos, el ensayo está fuera de lugar: en efecto, puesto en relación con la poesía, la ficción, el tratado filosófico o el artículo científico, el ensayo sigue ocupando, en opinión de muchos, un lugar incómodo, un fuera de lugar.

En este trabajo retomaré algunas de las ideas de Said en torno al ensayo, el intelectual y la crítica, tan importantes además para poder establecer un diálogo con la experiencia del hombre de letras latinoamericano. Por mi parte, en mi libro *El ensayo, entre el paraíso y el infierno* (2001), he procurado recuperar la dinámica del ensayo, su *hacerse*, abordo temas tales como la dialéctica entre la situación del autor y su nombre (*deixis* y *hexis*), el vínculo entre el yo y el nosotros, y el problema de la representatividad de las representaciones, que de algún modo se entrelazan con las propias preocupaciones de Said: el paso de la experiencia privada del escritor al sentido compartido por una comunidad hermenéutica no solamente no es sencillo ni automático, sino que en general implica tensiones, contradicciones, desgarramientos, cercanos a los que acarrea pasar de la filiación a la afiliación. Para Said, la distancia respecto de cualquier tipo de banderías, fundamentalismos, nacionalismos, su compromiso con la historia y la cosa pública y su carácter fundamentalmente crítico, escéptico, son las notas básicas que caracterizan al intelectual.

La obra de Said presenta, desde la disposición de los materiales hasta varias de las reflexiones dedicadas al ensayo, una interesante analogía con *El alma y las formas* de Lukács, texto con el que establece una relación sustantiva, dada “la necesidad de un punto de partida para cualquier trabajo intelectual o creativo, puesto que existimos [...] en un dominio ‘siempre empezado’ del continuo esfuerzo humano” (p. 26). Nótese esta referencia a una reflexión sobre lo ya comenzado, característica de los textos de Lukács y Adorno.

En su libro de memorias vuelve Said desde el propio título a la idea de estar “fuera de lugar”, latente ya en su propio nombre: Edward, escogido por la madre, entre otras razones, por la jerarquía del inglés, y el apellido, Said, nombre árabe que el abuelo, cuyo apellido original era otro, adopta en el momento de partir del puerto árabe desde el cual sale a trabajar a los Estados Unidos. Al llegar a su vez como estudiante a los Estados Unidos, Said comprende que debe romper con el “guión” originalmente escrito por su padre para su vida (“Todas las familias inventan a sus padres y a sus hijos, les confieren una historia, una identidad, un destino y hasta un idioma”, p. 17), y construir una nueva identidad. La contradicción cultural se establece entonces para nuestro intelectual desde el propio nombre, las señas de identidad, la “filiación” originaria a partir de la cual deberá ir conformando su trayectoria, sus elecciones más o menos necesarias, su adscripción a un sector de la inteligencia crítica, en suma, su “afiliación”.

La expresión “fuera de lugar” coincide —no sé si por azar, sino tal vez por la confluencia de experiencias parangonables en intelectuales de los márgenes de Occidente— con el tan recordado ensayo de Roberto Schwarz, “Las ideas fuera de lugar” (por otra parte traducido al inglés como “misplaced” en lugar de “out of place”), pero también con otras muchas expresiones que designan experiencias cercanas en nuestros intelectuales. Pienso, por ejemplo, en “Del sentimiento de no estar del todo”, de Julio Cortázar, que Süsskind evoca con el título de su ensayo, o de “Los entrelugares” de Silviano Santiago (1971), formas todas ellas de designar el sentimiento de exilio, de descolocación de la inteligencia crítica y la imaginación, muy particularmente en América Latina. Santiago se refiere al “entreugar” y piensa que “América Latina instituye su lugar en el mapa de la civilización occidental gracias al movimiento de desvío de la norma, activo y destructivo, que transfigura los elementos acabados e inmutables que los europeos exportaban al Nuevo Mundo” (p. 68), a la vez que afirma que el escritor latinoamericano sólo será escuchado si aprende a hablar la lengua de la metrópoli, y es necesario ver no sólo las deudas contraídas por el artista con el modelo importado sino por sobre todo las “diferencias” y desvíos de la norma. Por su parte, en ese texto que parece respuesta al de Santiago, Schwarz se preocupará por lo que sucede con esas ideas de importación.